

El señor de los vampiros

Jeanne Kalogridis

Traducción:  
David Cruz Acevedo



Libros publicados de Jeanne Kalogridis

## LOS DIARIOS DE LA FAMILIA DRÁCULA

1. Pacto con el vampiro
2. Hijos del vampiro
3. El señor de los vampiros

Título original: *The Diaries of the Family Dracul. Lord of the Vampires.*  
Primera edición

© 1996, Jeanne Kalogridis, published by La Factoría de Ideas in arrangement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

Ilustración de cubierta: Calderón Studio

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es  
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-616-2 Depósito legal: B-30401-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 11

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

**informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:  
**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

A mi madre, Geraldine Marie Pulver (8 de agosto de 1923  
- 27 de julio de 1995) y mi hermana, Nancy Ellen Dillard  
(23 de septiembre de 1952 - 1 de febrero de 1994).

## Agradecimientos

Quisiera dar unas sentidas gracias a los siguientes augustos personajes:

En primer lugar y sobre todo al editor de Dell, Jacob Hoye por su excepcional paciencia y amabilidad. El libro que sostiene en las manos llegó a su mesa terriblemente tarde, y él, así como los correctores y publicistas, trabajaron a un ritmo inhumano para que llegara a las librerías. En su nombre y en el de todos los demás valientes en Dell, les pido humildemente disculpas, además de ofrecerme a ser castigada con treinta latigazos con un látigo de nueve puntas a la hora y lugar que ellos elijan.

A la doctora Elizabeth Miller, una de los mejores expertas en el mundo sobre Drácula, además de una persona encantadora. No solo me suministró material e información sobre el Loco Vlad para el prólogo, sino que también escribió el maravilloso proemio que aquí se incluye.

A Sherry Gottlieb, novelista, por su amistad (y la de Bunny) y su sugerencia absolutamente retorcida para el final del libro. (Vayan ahora mismo a comprar el maravilloso relato policial con colmillos *Love Bite*.)

A mi hermano, Kurt Rumler, por haber empezado todo este puñetero asunto de los vampiros. Verán, fue Kurt quien, hace unos veintiocho años en el hotel Mariner de San Petersburgo, me puso en las manos una edición de bolsillo de *Drácula* y dijo: «Toma, niña. Lee esto...».

Por supuesto a mi agente, Russ Galen. Dios santo, Russ, ¿qué haría sin ti? (Me refiero, aparte de ganar mucho menos dinero y de tener mucho más estrés en mi vida...)

Y por fin, lo mejor para el final: A mi amado consorte durante dieciocho años, con quien estoy encantada. George, sinceramente, no podría haber acabado este libro sin tu ayuda tanto emocional como literaria. (De acuerdo que te robo todas las sugerencias, pero, oye, también comparto el dinero, ¿no?) Te amo con locura por tu atractivo griego, tu inteligencia, tu retorcido humor, tu amabilidad, tu encanto, tu generosidad y tu delicioso deseo de malcriarme, pero sobre todo porque nadie más me ha hecho sentir tan intensamente amada.

Jeanne Kalogridis

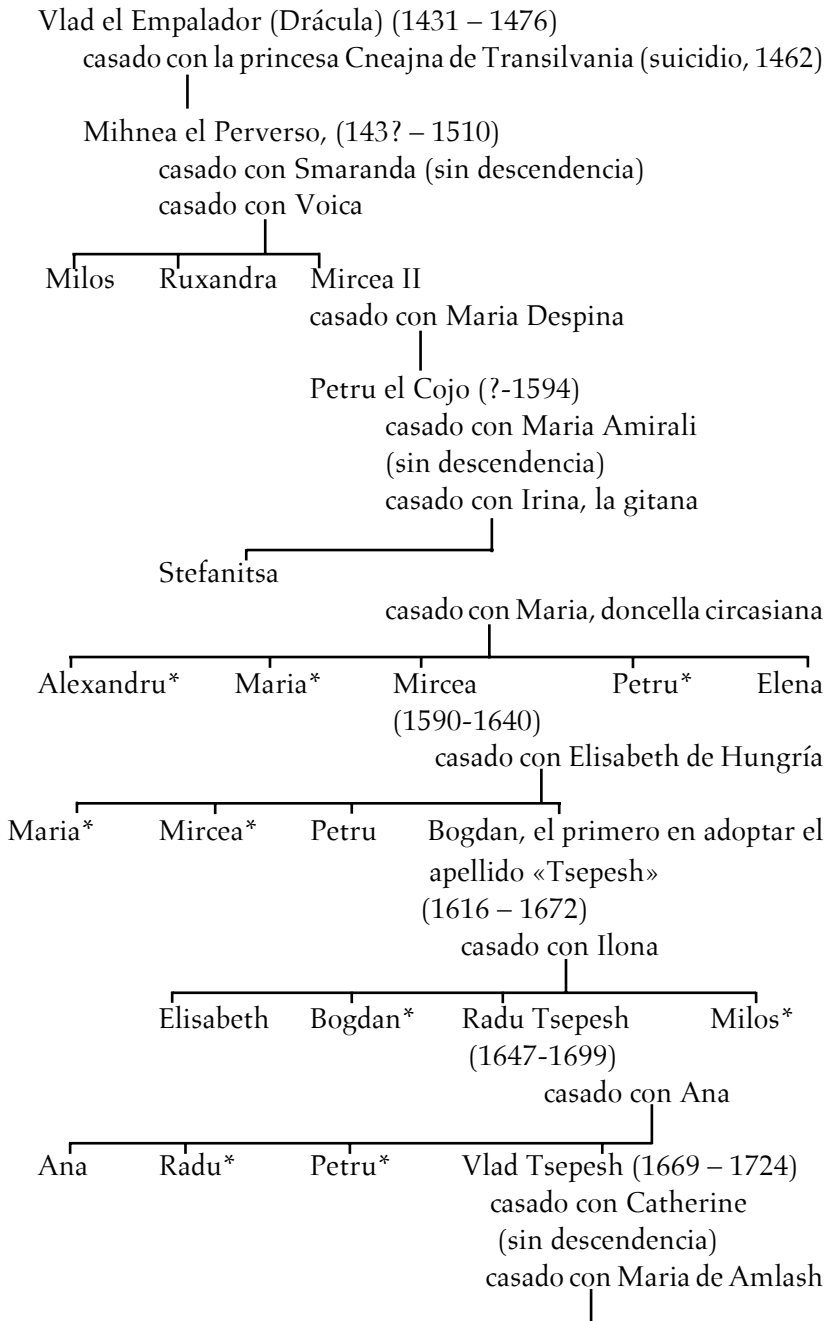
E-mail: [jkalo@opa.com](mailto:jkalo@opa.com)

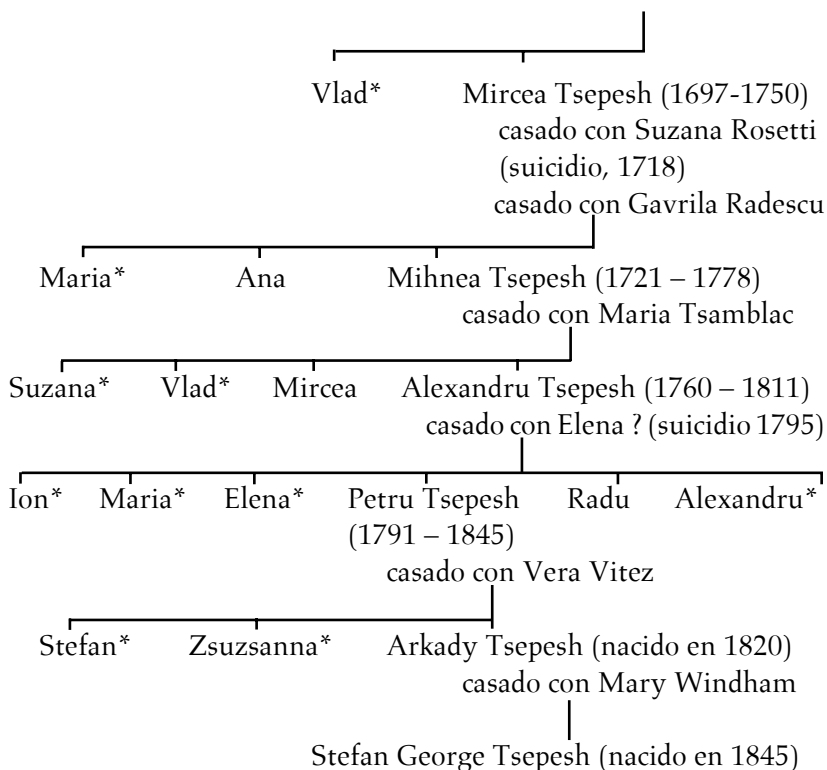
Página web: <http://www.opa.com/vampire>

## Nota de la autora

Permítanme presentarles a la doctora Elizabeth Miller, ya que es demasiado modesta como para echarse flores. Presidenta de la delegación canadiense de la Sociedad Transilvana de Drácula, es uno de los mayores eruditos sobre Vlad Tepes y sobre Drácula, y habiendo escrito y presentado numerosos artículos académicos sobre la materia. En el Congreso Mundial sobre Drácula de 1995, le fue concedido por parte del pueblo rumano el título de «baronesa de la Casa de Drácula».

# Árbol genealógico de los Dracul





\* Muertos en edad infantil o nacidos con deformidades físicas o mentales.

Adaptado libremente de Radu R. Florescu y Raymond T. McNally, *Drácula: el príncipe con varios rostros*, (Boston: Little, Brown, 1989).

## Proemio

La trilogía 'Los diarios de la familia Drácula', de la que EL SEÑOR DE LOS VAMPIROS es la tercera entrega, hace uso de la historia, la leyenda y la ficción. Pero es sobre todo una obra que se engarza en el texto de *Drácula* conformando una «precuela» a la narración de Stoker, con la que el presente libro se solapa. La trilogía introduce giros innovadores en la conocida trama que sirven para cubrir lo que algunos lectores perciben como ausencias en el original. ¿Por qué estaba Abraham van Helsing tan obsesionado con encontrar a Drácula? ¿Qué les pasó realmente a la mujer y al hijo del buen profesor? ¿Cuáles eran los orígenes de las vampiresas en el castillo de Drácula en Transilvania? ¿Quién era el esquivo Arminius? Pero más importante, la trilogía crea una prehistoria del propio conde Drácula, estableciendo la conexión entre el vampiro de Stoker y el príncipe valaquiano del siglo xv, Vlad el Empalador (también conocido como Drácula). Como esta no es la primera vez (y ciertamente no será la última) que el conde y el *voivode* son unidos en la ficción (y en el cine), creo que sería útil delinear cuál es realmente la naturaleza de esta intrigante conexión.

A pesar de la atención dada a Vlad por historiadores tanto en Rumanía como en Occidente, aún sigue siendo en gran medida un enigma. Incluso el nombre por el que se le conoce es objeto de debate. Mientras que hay evidentes pruebas de que él mismo usaba el sobrenombre de «Drácula» (y otras variaciones) y así se refieren a él varios textos de los siglos xv y xvi, muchos historia-

dores rumanos aún insisten en usar el nombre de «Tepes» (que significa «Empalador»), un apodo muy poco halagador que fue por primera vez usado por cronistas turcos. Aquellos historiadores que han tratado de reconstruir su vida han tenido que estudiar numerosos relatos impresos de sus atrocidades, muchos de los cuales son claramente tendenciosos, como también narraciones orales rumanas y leyendas igualmente parciales que lo pintan como un heroico patriota. También hay versiones que no coinciden en algunos elementos clave, sobre todo en lo concerniente a cómo fue asesinado y dónde están enterrados sus restos. Pero hay un hecho que destaca sobre los demás en todo este material histórico: fuese lo que fuese Vlad, en ningún lugar se afirma que fuese (o se creyese) un vampiro. Esa asociación es claramente el resultado de que Bram Stoker decidiese apropiarse del nombre de «Drácula» para su malvado conde (para disgusto de muchos rumanos, que ven la novela como una denigración de sus héroes nacionales).

Pero esto plantea una pregunta fundamental. ¿Hasta qué punto basó de hecho Bram Stoker su conde Drácula en Vlad el Empalador? Aunque para muchas personas los dos nombres han llegado a ser casi sinónimos, la naturaleza de esta conexión es altamente especulativa. Ya no hay duda alguna de dónde encontró Stoker el nombre «Drácula». Sabemos por sus notas de trabajo (que se conservan en el Museo Rosenbach en Filadelfia) que en marzo de 1890 había comenzado a trabajar en la novela, y que incluso había elegido un nombre para su vampiro: el conde Wampyr. También sabemos que, en el verano de ese mismo año, mientras estaba de vacaciones en Whitby, se encontró con el nombre de «Drácula» en un libro que tomó prestado de la biblioteca pública de esa población. *An Account of the Principalities of Wallachia and Moldavia*,<sup>1</sup> (1820) de William Wilkinson, contiene unas breves referencias a

---

<sup>1</sup> N. del t.: Una relación de los principados de Valaquia y Moldavia.

un «voivode Drácula» (al que no se llama «Vlad» en ningún momento) que cruzó el Danubio y atacó las tropas turcas. Pero lo que parece que atrajo la atención de Stoker fue un pie de página en el que Wilkinson afirma que «*Drácula* en idioma valaquiano significa “diablo”». Stoker completó esta información con retazos de otras fuentes sobre la historia de Rumanía (que anotó cuidadosamente en sus notas) y creó una historia para su conde Drácula. Wilkinson es la única fuente de información conocida de Stoker en lo concerniente a lo histórico. Todo lo demás son especulaciones.

Y hay muchísimas, algunas de ellas bastante exageradas. Por ejemplo, se ha sugerido que Stoker creó la idea de clavarle una estaca a un vampiro porque conocía la inclinación de Vlad a empalar a sus enemigos en estacas; que la afición de Reinfeld por los insectos y otros pequeños animales es una representación de la costumbre de Vlad de torturar pequeños animales cuando estuvo preso en Hungría; o que el Conde Drácula se ve repelido por los símbolos sagrados porque Vlad traicionó a la Iglesia ortodoxa al convertirse al catolicismo. Tales especulaciones han surgido de la asunción (que aún hay que demostrar de manera definitiva) de que Stoker sabía mucho más sobre Vlad de lo que había leído en Wilkinson y que sus principales fuentes fueron el profesor húngaro Arminius Vambery, y sus propias lecturas en el museo Británico (a ambos hechos se alude de manera indirecta en la novela).

Mucho se ha escrito de lo que Stoker pudo aprender de Vambery. Se ha afirmado que Vambery suministró a Stoker información sobre Transilvania, sobre el folclore vampírico, y sobre el propio Vlad. Algunos sugieren que Vambery podría haber incluso presentado a Stoker algunos de los materiales del siglo xv sobre Vlad. Pero no son más que especulaciones basadas en pruebas circunstanciales. Sí sabemos que los dos se vieron al menos en dos ocasiones. A pesar de que tenemos documentados estos encuentros (Stoker se refiere a ellos en su libro de 1906 *Personal Reminiscences of Henry Irving*), no hay nada que indique que la conversación incluyera a Vlad, los vampiros, o siquiera Transilvania. Aún más, no hay

pruebas escritas de correspondencia entre Stoker y Vambery, como tampoco se menciona a Vambery en las notas de Stoker sobre *Drácula*. En cuanto a la teoría que dice que lo que aprende Van Helsing de Arminius en la novela (por norma general el personaje se considera un homenaje a Vambery) es un reflejo de lo que Stoker aprendió del húngaro, lo cierto es que casi todo este material puede ser fácilmente rastreado en las fuentes conocidas de Stoker.

Aunque Stoker llevó a cabo ciertas investigaciones en el museo Británico, no hay evidencias de que descubriese más información sobre el Drácula histórico. Hay bastantes especulaciones acerca de la posibilidad de que pudiese haber tenido acceso a uno de los panfletos alemanes del siglo xv sobre Vlad el Empalador en el que aparecía un retrato grabado en madera acompañado por el texto: «Una historia aterradora y asombrosa sobre el gran bárbaro sediento de sangre conocido como Drácula». Esto ha conducido a algunos a concluir que la descripción física del Conde Drácula que hace Stoker está, de hecho, basada en este retrato de Vlad. Pero, de nuevo, no hay evidencias definitivas. Es mucho más probable que Stoker extrajera su descripción del Conde Drácula de otros villanos anteriores en la literatura gótica, o incluso de su propio patrón, Henry Irving.

El Conde Drácula, como nos dice Van Helsing, «debió de ser aquel *voivode* Drácula que ganó fama contra los turcos». ¡Y así fue! Pero es significativo que en ningún lugar de la novela se use el nombre de «Vlad» para referirse a Drácula, como tampoco hay ninguna referencia a las famosas atrocidades de Vlad, en particular a su uso del empalamiento como su forma favorita de ejecución. ¿Por qué habría de ignorar Stoker —un escritor que incluía de manera meticulosa detalles y más detalles (algunos insignificantes y oscuros) de sus fuentes conocidas— algo que habría servido para delinear a su villano? O bien sabía más y decidió no usarlo, o usó lo que conocía. A la espera de más pruebas concretas que aún no han sido reveladas, me inclino por la segunda suposición. Lo que sabemos seguro es que Stoker encontró el nombre «Drácula» en Wilkinson, obviamente le gustó y decidió usarlo.

La fusión entre los hechos y la ficción, aunque de mérito cuestionable a la hora de reconstruir la historia, es una excelente herramienta en manos de un escritor imaginativo. Ya que hoy en día sabemos mucho más sobre Vlad el Empalador que Stoker (gracias sobre todo al trabajo de Radu Florescu y Raymond McNally), no es sorprendente que el conde y el *voivode* se hayan fusionado. La aparición más notable en el cine se encuentra en la película de 1992 de Francis Ford Coppola *Drácula de Bram Stoker*, aunque ya se había hecho una conexión entre el conde vampiro y su homólogo histórico veinte años antes en la producción de Dan Curtis *Drácula*, con Jack Palance. Los ejemplos de esta fusión en la narrativa son numerosos, entre ellos las novelas *Anno Dracula* y *The Bloody Red Baron* (Kim Newman), *Children of the Night* (Dan Simmons), y la trilogía *Dracula Lives!* (Peter Tremayne), *Drakulya* (Earl Lee), y la presente trilogía. La ficción ha hecho de Vlad lo que nunca fue en vida, un vampiro, y de este modo le ha otorgado, como a su homólogo ficticio, la inmortalidad.

Elizabeth Miller

Profesora de Lengua y Literatura Inglesa

Memorial University of Newfoundland

## Prólogo

### Memorando de Vlad III, príncipe de Valaquia

Bucarest, Curtea Domneasca, 28 de diciembre de 1476

En el exterior, la promesa de nieve; el tiempo ha empeorado y el cielo está plumizo, el sol oculto. Pero el aire vibra, cargado de rayos a punto de estallar. Baila sobre mi piel.

Esperamos.

*Se acerca... Basarab se acerca...*

Alzo los ojos del pergamino, la tinta y la pluma, y sonrío a mi ayudante, Gregor, envuelto en sombras por la luz de las antorchas. Hijo de *boier*, la nobleza rumana, sus rasgos son iguales que los míos: nariz y barbilla afiladas, como de halcón, grandes ojos con pesados párpados, pelo negro como ala de cuervo que le cae sobre los hombros. Sin duda estamos emparentados, como poco somos primos lejanos; no me sobrepasa ni medio dedo en estatura, también es similar nuestro peso.

Aquí se acaba el parecido, pues la inteligencia de nuestros antepasados solo fluye por mis venas. Miradlo. El idiota no puede evitar echar un vistazo de vez en cuando a través de las cortinas hacia la ciudad que se extiende debajo de nosotros, hacia los altos muros fortificados contruidos por orden mía. A lo que hay,

pronto habrá, más allá de esos muros. Cree que no lo sé. Laiota Basarab con un ejército de cuatro mil turcos viene a asesinarme dentro de estas murallas de piedra y a usurpar este trono que he reclamado recientemente. Yo solo cuento con la mitad de hombres, además de que mis campeones están de vuelta en sus reinos del norte.

*Viene el traidor...*

Sabes todo lo que hay que saber sobre la traición, ¿no es así, Gregor? Claro que sí, me devuelves la mirada con la más zalamera de las cortesías, pero yo puedo ver tu corazón; oigo tus pensamientos. Me juras vasallaje, a tu *voivode*, pero tu lealtad está con los inconstantes *boier*, los nobles que pondrán de nuevo el país, en nombre de una paz mercenaria, en manos de Basarab, amante de los turcos.

Todo esto me reveló el Oscuro anoche en el círculo. No lo dudo, pues recientemente he adquirido talentos desconocidos para los comunes mortales: la lectura de los pensamientos y de los corazones. Mientras Gregor pasea nervioso ante las cortinas, veo su culpa con tanta claridad como estas palabras garabateadas frente a mis ojos.

Conozco demasiado bien la traición, pues he sido traicionado a menudo. Por mi padre, cuando nos entregó a mi hermano y a mí, siendo niños, como rehenes al sultán. Traicionado por mi hermoso hermano, Radu, amante de mujeres y hombres, así como del sultán Mehmed, en cuyo nombre me arrebató el trono.

(Y ahora estás muerto, ¿no es así, mi querido hermano menor? Muerto al fin a causa de los actos afeminados que te hicieron ganar el corazón y el ejército de Mehmed, y por ende mi reino. Esos hermosos ojos del color del mar verde azulado ahora están cerrados para siempre; esos labios carnosos, que buscaban el pecho de las mujeres con tanto fervor como mamaban del regazo del sultán, ya nunca besarán. ¡Que tus sifilíticos amantes turcos te sigan pronto!)

Traicionado incluso por mi venerado amigo, Stefan cel Mare, a quien ayudé a conseguir su reino. (Finges de nuevo ser mi amigo, Stefan mío, ahora que te conviene. Pero no olvidaré ni perdonaré tus maquinaciones que sirvieron para colocar a Basarab en mi

lugar. Acepto tu ayuda ahora que los remordimientos te invaden, pero ya llegará el tiempo de la recompensa.)

Aún hay silencio. Nadie grita desde la atalaya, solo se oye el siseo del fuego, el chirrido de la pluma contra el pergamino, el silencio de la nieve inminente. Y el roce de las botas de Gregor contra la piedra al caminar. Me divierte demasiado su nerviosismo como para permitir que se sienta. Hace una hora le ordené: «Haz que preparen en el establo dos caballos, uno para cada uno de nosotros, y que carguen provisiones para un día».

Ah, la mirada apenas simulada de terror en sus ojos al pensar que la estratagema de los *boier* pudiese torcerse. «¿Adónde iremos, mi señor?»

Si hubiese estado de humor, no me hubiese dignado a hacer otra cosa que fruncir el ceño (tampoco se hubiese atrevido Gregor a preguntar, si su desesperación no fuese tan grande). Pero estaba tan entretenido con todo aquello que respondí: «A cabalgar».

Y al retroceder, inclinándose, hacia la puerta, su expresión era de cómica duda. En voz alta añadí, para que los guardias en la puerta pudiesen oírme: «Y haz que vengan dos guardias. No me apetece esperar solo».

Al oírme, entraron sin esperar a que Gregor les comunicara la orden. Eran dos moldavos altos y fuertes, uno oscuro y el otro rubio, y que portaban espadas. Ambos habían sido cedidos por Stefan como muestras de la culpabilidad que sentía por sus pasadas infidelidades. Hice esto para que Gregor no volviese armado y se rindiera a su ansiedad por verme destruido.

Más tarde, cuando volvió con las mejillas y la nariz enrojecidas y brillantes por el frío e informó de que los caballos estarían listos en una hora, le encargué otra tarea: «Trae a mis aposentos privados ropa para los dos. Iremos disfrazados de turcos.»

Esto le causó tan grande alarma que apenas pudo contenerla. ¿Conocía yo la conspiración de los *boier* para enviar a Basarab y los turcos a derrotarme junto con mi ejército? ¿Sospechaba de él?

En sus velados ojos veía las maquinaciones de una mente traicionera. Aún no había mostrado yo claros signos de sospecha. Sin duda habría podido ordenarles a los guardias que lo ejecutaran

si hubiese descubierto la verdad. ¿Era este uno de los fatales juegos del temible *voivode*? ¿Aplazaba yo su ejecución para saborear la espera, o era simple casualidad que hubiese elegido aquel momento para abandonar mi fortaleza disfrazado junto al hombre que sería mi Judas?

Se marchó y al momento volvió con la ropa: un gorro en punta, una túnica, una capa de lana para el frío. Me ayudó a vestirme bajo los atentos ojos de los moldavos, observó cómo me enrollaba el turbante en la cabeza y pareció recelar cuando le pregunté: «*Olmeye hazirmisin?*», es decir, ¿estás listo para morir?, pues hablo el idioma de mis enemigos tan bien como mi lengua materna después de haber pasado mi juventud como prisionero del sultán. Conozco sus ropas, sus manierismos, y puedo hacerme pasar por uno de ellos. Me eché a reír, pues aunque él es su lacayo (aquel que sirve a los *boier* sirve a los turcos), no entendió ni una palabra. También se echó a reír. Sus dientes amarillentos asomaron bajo el lacio bigote muy parecido al mío, creyendo que mi alegría brotaba del eficaz disfraz.

A continuación fui hasta la pared y bajé de su lugar de honor una gran cimitarra de hoja curva que brillaba con la luz del fuego. Me la até a la cintura y le dije: «Vístete».

Así lo hizo y observé con silenciosa aprobación un cuerpo pequeño de estatura pero fuerte, de ancho pecho y espalda. Tiene menos cicatrices que yo ya que no ha sido probado en tantas batallas y le falta medio diente delantero, pero las similitudes son suficientes.

Tras un tiempo, vino un mozo a avisar de que las monturas estaban listas. Sin embargo, no tenía prisa. Había comenzado esta anotación y estoy obligado a acabarla, pues este será mi último recuerdo como humano. Había conocido por el Señor Oscuro en el círculo la hora de la llegada de Basarab y sabía que aún estaba a salvo, y además, no deseaba acabar con la ansiedad de Gregor. ¡Que espere! Que sufra la incertidumbre que le acosa en este instante mientras deambula vestido de turco rezando porque cambie de idea y me quede para ser asesinado.

Si los guardias no estuviesen aquí, se atrevería a intentar matarme en este instante. Sé que en cuanto estemos montados a caballo, buscará la primera oportunidad. Estoy preparado.

¡No puedo morir ahora! Ahora que estoy tan cerca del roce del Señor Oscuro y la eternidad...

#### Monasterio de Snagov, 28 de diciembre

Cabalgamos hacia el norte sobre sementales negros, al principio por las orillas del Dimbovita, después a través de la helada tierra que penetra el desnudo bosque de Vlasia, teñido de árboles de hoja perenne. El aire estaba grisáceo por el humo y por la inminente tormenta, y cargado de un extraño y huidizo olor: de rayos consumidos, de escudos blandidos, de sangre y nieve.

El viento me azotaba los ojos mientras galopaba a toda velocidad y dejaba muy atrás a Gregor. Quizá era peligroso, pero lo había visto vestirse y sabía que no llevaba armas excepto la espada en la cintura. Si desease matarme en aquel momento (como así era), tendría que alcanzarme, tirarme del caballo, y matarme antes de que pudiese sacar mi propia espada. Quizá la mirada penetrante de mis ojos lo asustaba. Si era así, era sabio por temerme. Podría haber girado y acelerar hacia el sur, para volver a su amado Basarab y advertirle de mi huida hacia el norte. Pero esa acción me habría avisado de inmediato de la traición y habría aumentado mis posibilidades de sobrevivir.

De modo que continuamos a buen ritmo sobre la tierra endurecida, sobre rocas y hojas crujientes, hasta que por fin alcanzamos la orilla del gran lago congelado, cuya opaca superficie estaba teñida de gris por remolinos de oscuros pecios flotantes. En su centro estaba la isla fortaleza de Snagov. Las agujas de la capilla de la Anunciación emergían tras altas murallas en el borde mismo del agua.

Desmonté y saqué la espada con una sonrisa para calmar el creciente nerviosismo de Gregor y conduje mi caballo a través del hielo.

—No es necesario que desenvaines —le dije a mi inseguro compañero—. Con la mía es suficiente.

Le hice una seña para que me precediera por el río hasta la gran puerta de hierro.

En sus ojos vi de nuevo la duda: ¿Debía matarme ahora y regresar junto al ejército de Basarab convertido en un héroe? ¿Debía de esperar a una oportunidad dentro de las murallas de Snagov, y aventurarse a través del hielo? (Era mi derecho como soberano que alguien comprobara la fortaleza de la helada superficie.) ¿Por qué había desenvainado mi espada? ¿Era aquella otra de las excentricidades del príncipe, o había adivinado su engaño?

Una ola de miedo cruzó de nuevo sus facciones. Después de todo yo era Drácula, el hijo del diablo, el apasionado guerrero cuya locura y audacia no conocían límites. Había cabalgado de noche hasta el campamento del mismísimo Mehmed y había asesinado a cien turcos mientras dormían con la espada que ahora blandía. Si desenvainaba ahora su espada y me desafiaba abiertamente, ¿sería él el que sobreviviera?

Con un leve suspiro, desmontó y condujo al animal a través del lago helado. Así avanzamos hacia el santuario. Las pezuñas de los caballos resonaban apagadas contra el hielo desplazando pequeñas nubes de niebla. Por fin llegamos a la gran muralla de piedra que había construido durante mi reinado, y que había transformado la villa monástica insular en una fortaleza más apropiada para guardar el tesoro del reino valaquiano. Alrededor de la muralla había árboles y sus desnudas ramas arañaban las piedras como si suplicasen entrar.

De la atalaya surgió el grito de un centinela al divisarnos. Hice bocina con las manos y mi respuesta resonó en la piedra. Avanzamos hacia la alta puerta de madera salpicada de estacas y esperamos inquietos sobre el hielo, guardándome de seguir estando detrás de Gregor. La indecisión, la tensión, la culpa, podían fácilmente leerse en la inclinación de sus hombros. De pie, sin hablar, observamos los primeros copos de nieve flotar en silencio y azotarnos las mejillas como frías lágrimas.

Por fin, las oxidadas bisagras cedieron y el gran portón se abrió con un crujido. Nos recibieron dos guardias armados que inmediatamente se inclinaron al confirmar que su invitado era el príncipe de Valaquia. Le ordené a uno de ellos que llevase los caballos al establo y que nos trajese comida; al otro le insté a que nos acompañara para, aparentemente, encender un fuego. Los tres avanzamos juntos sobre el camino de hielo y barro que pasaba por la alta atalaya, por la hermosa capilla, por el gran monasterio, y ascendía hasta el magnífico palacio que había construido en tiempos más felices. El pensamiento evocó una ráfaga de ira: Gregor no se merecía pisar aquel lugar construido con la sangre de leales súbditos, un santuario muy querido por mí y que no volvería a ver tras esta noche.

Pero me contuve y caminé junto a mi traidor hacia los aposentos privados del palacio, que, al llevar largo tiempo en desuso, estaban tan fríos que nuestros alientos flotaron en el aire como niebla. Fui hasta mi comedor privado que tenía adjunta una pequeña celda con un altar ortodoxo de la Virgen María. El soldado que nos acompañaba, un joven fuerte, se puso de inmediato a encender un fuego.

Con un ademán elegante, me quité la capa, el cinturón y la espada, y los coloqué en el suelo junto a la chimenea donde se encontraba el soldado, y le hice un gesto a Gregor para que hiciera lo mismo. Vi que lanzaba furtivas miradas a mi arma, al guardia y a mí. Sus ojos mostraban la desgana del cobarde. Podía matarme, pero a costa de su propia vida.

—Gregor, amigo mío. —Hice un gesto para que aquel hombre ahora cansado se sentara frente a mí en la mesa y me mostré cordial, conciliador—. Es justo que sepas el motivo de este veloz viaje. Necesito... fondos, y por eso he venido aquí a hacer uso de parte de mi tesoro. Hay pocos a los que les pueda confiar esta tarea, ni siquiera en el castillo... y por eso no te lo he dicho antes. Pronto volveremos a Bucarest, pero mientras tanto, descansemos y comamos.

Vi en sus ojos el brillo mercenario que precisamente deseaba evocar. Podía esperar hasta que el tesoro estuviera en nuestras

manos, y una vez que nos encontrásemos solos en el bosque de Vlasia...

Tras un tiempo el fuego ganó fuerza y la sala comenzó a calentarse. Le ordené al soldado que se quedase con nosotros e hiciese guardia. Un monje de blanca barba y menos dientes que dedos en mis manos, entró con una bandeja de comida: un pollo asado frío, una jarra de vino, pan y queso. Nos sirvió con destreza, rellenando nuestros cálices con una mano tan retorcida por la edad —las venas azules sobresalían en un bajorrelieve de fina piel amarillenta como un pergamino— que me sorprendió que no temblara.

Incluso más elogiable, no mostró miedo ni vergüenza ante el gran príncipe; solo silenciosa dignidad. Me agradó aquello, pues a menudo me sirven idiotas zalameros, pero su singular contención muy bien podría estar originada por un desdén hacia mi herejía. (Pasé años de arresto domiciliario en Hungría, la única manera de ganarme la confianza del rey Matthias y recuperar mi trono era convertirme al catolicismo. Fue una estrategia política nada más —en Turquía me vi obligado a arrodillarme sobre alfombrillas de cara a la Meca y rezarle a Alá— aunque aquello fue desafortunado, pues me gané el desprecio de mi propio pueblo.)

¿Debería haber elegido entonces la muerte?

No. No hay nada noble en la muerte, ni siquiera en la de un mártir.

Aun así, el viejo monje cree que he traicionado a Dios, y que por lo tanto merezco su castigo, del mismo modo que Gregor merece el mío.

Quizá el monje se sorprendería al saber que temo a Dios. Lo temo porque sé que su corazón es como el mío: ennegrecido por el poder, extasiado por la capacidad de dictar la hora y el modo de la muerte de los hombres, exultante ante su sufrimiento.

No, su corazón es más malvado que el mío, y más inmisericorde. Elimina a jóvenes, viejos, mujeres, niños, sin importarle su lealtad, su inteligencia, sus circunstancias. Yo perdono a los inocentes y mato solo a aquellos que me traicionan; mato para instruir a los supervivientes mediante el espectáculo.

Dios no tiene tales escrúpulos. Mata tanto a creyentes como a infieles, y el grado de sufrimiento que inflige no guarda relación con la piedad de la víctima. Tampoco le preocupa la justicia. Él ha permitido que un usurpador tras otro hayan robado mi legítimo reino, y ahora que lo he reclamado tras años de arduas luchas, no me va a ayudar a mantenerlo. De modo que nunca me podría aliar con él, sobre todo porque es demasiado celoso como para impartir la inmortalidad que busco.

Pero basta de Dios; ahora hablo de Gregor. Los dos compartimos nuestra última cena en silencio, y tras comer hasta satisfacerse por completo, se apartó de la mesa con un suspiro.

—Amigo mío —le dije—. Últimamente albergo un peso en el corazón, pues sé que no tengo asegurado el apoyo a mi reinado. Los *boier* me han dado la espalda —entonces comenzó a protestar de manera aparentemente inocente y alcé la mano—. ¡No creas que no lo sé! Y ahora que Stefan ha retirado sus tropas, la situación es aún más precaria.

Esto no podía negarlo. A fin de cuentas, no había permitido que mi mujer y mis hijos se reunieran conmigo en mi corte de Bucarest para evitarles el peligro. Me detuve y, en un tono de absoluta seriedad, le pregunté:

—Gregor. ¿Quieres rezar por mí? ¿Por la seguridad y el éxito de tu príncipe? Sé que eres un hombre de fe, y a mí se me considera un hereje...

Entonces me detuve para mirar de reojo al canoso monje que estaba listo para servirnos (aunque se había acercado al fuego para calentar sus viejos huesos). Pero la mirada del hermano estaba oculta por la capucha y su expresión no decía nada; quizá fuese sordo, pensé, y no había oído nada, o quizá era demasiado sabio como para mostrar su desprecio, a sabiendas de que no podría perdonarlo.

—Ruégale a Dios y a la Virgen por mí.

Evidentemente, Gregor no podía negarse. Asintió, y, con solemnidad, me levanté y lo conduje a la pequeña celda cuyo interior, al tener la puerta abierta, podíamos ver desde la mesa. Me persigné

(a la manera ortodoxa, algo que sin duda vio el viejo monje) y, deteniéndome en el umbral, le hice un gesto a mi acompañante para que entrase y se arrodillase en la pequeña alfombra frente al solitario altar de la Madre de Cristo.

Se agachó con un gruñido y las rodillas le crujieron. Al igual que yo, ya no era joven.

—Reza por nosotros —le dije con ternura.

Entonces le hice un gesto al joven soldado junto al fuego para que recogiera el arma de Gregor y se pusiera en mi lugar. Podía ver a mi Judas arrodillado de perfil. ¡Qué parecido era a mí! Podría haber sido mi hermano, mi propio hermano apuñalándome por la espalda. Observé el rostro abrasado por el sol, la nariz y la barbilla afiladas, aunque delicadas, los finos labios temblorosos bajo el oscuro y caído bigote. Saboreé el lento y encantador despertar de terror en aquellos grandes ojos tan negros como verdes los míos, mientras el soldado alzaba la espada. Entonces volví a mi lugar en la mesa —tal y como había pretendido, la escena era totalmente visible desde mi asiento (no era la primera vez que usaba la celda, aunque sospecho que será la última)— y alcé mi copa para beber el vino dulce y punzante antes de volver a hablar.

—Reza, amigo mío. Reza por que disfrute de una larga vida... y por que mueran todos aquellos que me traicionen.

Dejó escapar un sollozo de dolor y unió las palmas a modo de súplica mientras se giraba sobre las rodillas para encararme. La pequeña alfombra se llenó de arrugas.

—Mi señor, juro que no os he engañado.

Dejé que pasara un largo momento de tortura antes de contestar con voz suave y llena de curiosidad.

—¿Acaso te he acusado?

Sus ojos se abrieron por completo, entonces parpadeó y apretó los temblorosos labios. En verdad, si hubiese sido capaz de pensar en una respuesta convincente y hubiese yo confiado menos en mi magia, lo habría liberado. Pero estaba seguro de la visión que me había sobrecogido en el círculo, y de mis propios augurios. Aunque

no fuese así, el aspecto de desolada culpa que se apropió en aquel instante de las facciones de Gregor me habría convencido. Una sola gota brillante rodó por su mejilla.

—¡Vaya! —exclamé exultante—. ¿Es eso una lágrima?

—Mi señor, os ruego...

—¡Date la vuelta! —grité.

Le hice un gesto al soldado para que blandiera la espada. Su cobardía alimentaba mi ira de tal modo que no podía reprimirla.

—¡Gírate y rézale a la Virgen! ¡Rézale para que te conceda su misericordia, y a mí la victoria sobre Basarab!

Unió las manos con fervor y de nuevo encaró el altar de María. Bajo sus rodillas, la pequeña alfombra se arrugó aún más mostrando una juntura en el suelo de madera. Mi supuesto impostor no se dio cuenta de ello pues estaba sinceramente absorto en la contemplación del icono de la Virgen y, con los nudillos presionados contra la nariz y los ojos cerrados, comenzó a balbucear:

—¡Ten piedad! ¡Dios y Santa Madre, tened piedad! Conceded larga vida y la victoria a mi soberano, y convencedlo de que no lo he traicionado...

—Sí —susurré—. Quizá Dios sea piadoso contigo... Conmigo nunca lo ha sido, de modo que no haré tratos con él.

—Mi señor —gritó con los ojos cerrados de cara al altar sin que pudiese saber si se dirigía a Dios o a mí—. Mi señor, ¡soy inocente de cualquier crimen contra vos! ¿Qué puedo decir, qué puedo hacer para probaros mi perfecta lealtad?

—Muere con valentía —contesté—. Tu vida está condenada, Gregor. Reza lo que tengas que rezar rápidamente. No moriré como mi padre lejos de Bucarest, a manos de un asesino.

Alzó el rostro hacia el cielo, abrió sus suplicantes manos como si fueran un libro y se las llevó a los ojos, llorando. Estudié su reacción ante la noticia de que no había esperanza. Pude ver la agonía eléctrica, la total desesperación, reflejada en cada aspecto de su cuerpo y de su voz (pues sus sollozos cada vez eran más agudos y estruendosos). Durante toda mi vida había sido un estudiante de la muerte, la había contemplado cara a cara con la esperanza de poder

entenderla y ser capaz de aceptar mi propio fin. ¿A cuántos hombres he matado en mi vida? ¿A mil? No, han de ser más, muchos más. Conozco el rostro de la muerte. Observé morir lentamente a cien turcos en el bosque de los Empalados. He oído los gritos y los sollozos de los hombres, y el lento suspiro con que un cuerpo se clava por su propio peso en la estaca.

Y en cada caso he mirado en sus ojos y he intentado entender el secreto oculto allí mientras pasaban de la vida al abismo.

Pero mientras contemplaba la muerte —y comprendía que Dios no era justo, y que allí no había significado, solo indignidad y sufrimiento— llegué a entender que nunca podría aceptarla. Había sido privado de demasiadas cosas que eran mías por derecho en esta vida. Había gobernado el reino de mi padre y mi abuelo durante unos pocos años antes de que me derrocaran injustamente. Pertenezco a la realeza por nacimiento, pero pasé toda mi juventud como prisionero de los turcos, y ocho años de mi edad adulta como prisionero del rey húngaro. Mi reino me ha sido robado en dos ocasiones, una por mi propio hermano: si lo cedo una tercera vez, tendré mi recompensa. Yo que soy más astuto, más sagaz, más merecedor de la admiración de mi pueblo que Matthias, que Mehmed, que Radu o Basarab.

La muerte está ahora más cerca de mí que nunca antes. Pero ni Dios ni los ángeles me conceden mi deseo: la inmortalidad. Solo hay otro que pueda hacerlo.

Mientras Gregor lloraba y rezaba en vano, el soldado en el umbral giró su prometedor y joven rostro (con una barba rala de niño sobre suaves mejillas sonrosadas) hacia mí y movió la espada. Su mirada contenía una pregunta. Se convertiría en un buen asesino, pues sus ojos brillaban llenos de anhelo y ansia, como los míos.

Solo le hice un leve gesto con la cabeza; aún no. Me alcé y me acerqué a mi excitado asesino, cuidando de que mis botas pisaran fuerte el suelo. Como había previsto, Gregor me oyó. Su espalda se

tenso. Sabía que esperaba que la muerte le atacara por detrás, asestada por la espada que blandía la mano del joven soldado. Y aunque no se atrevió a girar la cabeza por completo para mirarme —había sido testigo muchas veces de mi sensibilidad ante la más pequeña de las presunciones en tales momentos, y temía provocar una explosión de ira—, la inclinó levemente sobre el hombro, y giró los ojos en un esfuerzo por ver detrás de él.

Tenía los ojos casi en blanco debido al pavor. Me recordaron vivamente los ojos saltones y aterrorizados del ganado en el matadero.

—Mi señor, mi señor, mi señor, ¡matáis a un hombre inocente!

—¿Ah, sí? —pregunté con voz calmada—. Gregor... —dije con la mayor sinceridad—. Soy un hombre severo y no puedo tolerar ningún grado de ambigüedad. Soy cruel con aquellos que me traicionan, pero justo con los leales. ¿Puedes jurar ante Dios que has actuado con total fidelidad hacia mí, tu soberano?

—¡Lo juro por Dios, mi señor!

Me detuve un instante para observar su expresión, aquella tremenda oscilación entre la esperanza y la condena. Tras un tiempo, dije:

—Muy bien, amigo mío. Son tiempos peligrosos para mí. No tengo otra elección que comprobar la lealtad de los que me rodean. Te creo.

¡Qué alegría surgió en su rostro! De nuevo brotaron las lágrimas, aunque esta vez causadas por el regocijo en lugar del miedo.

—Pero —dije al ver que comenzaba a levantarse.

Volvió a agacharse de inmediato.

—Has pasado la prueba por muy poco. Reza ahora por mi victoria sobre todos los enemigos, y da gracias a Dios por tu liberación.

Comenzó a hacerlo, y su exultante sonrisa se amplió cuando le hice un gesto al soldado, que ahora se mostraba decepcionado, para que se retirase hasta la chimenea y se colocara junto al adusto y silencioso monje. Mientras tanto, yo me quedé en el umbral.

Cuando consideré que había llegado el momento, y no podía soportar más mi furia hacia la traición de Gregor y su cobardía, alcancé una palanca de madera que estaba en la pared junto a la celda. Con un esfuerzo vehemente, tiré de ella.

Se oyó el sonido corredizo de la madera contra la madera. Lanzó los brazos al aire y un lastimero grito de decepción y miedo. Sobre su rostro vi de nuevo la turbación animal, una visión fugaz aunque indeleble antes de caer hacia el infierno.

Después los gritos de dolor fueron más agudos y corrí hacia la trampilla abierta para observar mi trabajo.

Así se siente Dios cuando observa los rostros de los muertos: una sensación de poder y de éxito mucho más dulce y embriagadora que el amor.

Gregor había caído en el pozo de rodillas, y así, arrodillado, moriría. Pues las afiladas estacas de hierro estaban clavadas en el suelo a intervalos regulares para asegurar la muerte, y la fosa estaba construida de tal modo que no pudiese caer hacia delante, solo hacia atrás, sobre las estacas (para así ver mejor su rostro), a pesar de sus sacudidas. Una había atrapado su largo pelo negro y le rozaba la parte de atrás del cráneo, dejando su cabeza ligeramente adelantada. Otra salía sanguinolenta de su pectoral derecho. Aún otras sobresalían del codo del brazo derecho y del centro de su palma izquierda (como Cristo), mientras que otras invisibles sin duda le atravesaban las piernas y lo tenían atrapado.

Tenía los ojos muy abiertos, llenos de un asombroso vacío que poco a poco se apagaba. Supuse que no estaba muerto de modo que me puse en cuclillas y lo llamé en voz baja.

—Envíe así Dios tu desleal alma directa al infierno. Morirás, y Basarab morirá, pero yo viviré para siempre.

Me incliné asegurándome de que los dos hombres vivos a mi espalda no pudieran ver, alcé la inerte mano derecha de Gregor y le puse mi propio anillo.

Entonces me levanté y envié al joven soldado fuera de la habitación para que vigilase. Aparté al monje a un lado y le di una

misión. Tomaría a los hermanos más fuertes que tuviese, se llevaría el cuerpo a través del lago hasta el bosque Vlasia y una vez allí lo decapitaría. En cuanto a la cabeza, cortarían un agujero en el hielo y la arrojarían en las heladas aguas.

El anciano estaba lleno de temor después de lo que había visto. Me escuchó en silencio y no protestó, aunque le estaba pidiendo que hiciese lo impensable. Dejar un cuerpo a los carroñeros del bosque sin darle adecuada sepultura.

Una vez lo envié a realizar este trabajo, llamé a mi entusiasta ayudante y le dije:

—El viejo monje volverá con algunos hermanos a recoger el cuerpo y enterrarlo lejos de Snagov. Cuando vuelvan quiero que los estés esperando en la atalaya. No dejes que entren. Sal a su paso y mátalos.

Accedió de buena gana.

Entonces le ordené que enviase a otro fiel soldado para que se quedase en la puerta y guardara mis aposentos privados toda la noche de modo que nadie pudiese entrar. Pero antes le ayudé a sacar el cuerpo aún cálido y sangrante de Gregor (¿aún respiraba? No supe decirlo) de su lecho de estacas y envolverlo en la capa del traidor y en la destrozada alfombra para que no hubiese manchas en el suelo. Entonces el soldado arrastró a Gregor por los talones hasta el pasillo y allí se quedó esperando a los hermanos.

En cuanto a mí, cerré la puerta, ya que requería privacidad para convocar adecuadamente un círculo. Ahora que había escapado de Basarab y de mi Judas, era hora de escapar de la muerte. Pues estaba claro que mi éxito como príncipe terrenal era imposible, y que si permanecía como estaba, mi muerte estaba asegurada. De modo que buscaba otro reino, uno que fuese inmortal, pero que me permitiese ejercer poder sobre los mortales.

Me giré con la idea de volver al pequeño santuario donde tantos otros habían muerto y sacar de otra trampilla oculta mis herramientas mágicas para poder realizar un círculo con el que convocar al Señor Oscuro y poder establecer nuestro pacto.

Pero al girarme, vi ante la chimenea un pequeño sirviente con harapos que removía el fuego con un atizador. La visión me sorprendió tanto que grité: «¡Tú! ¡Muchacho! ¿Cómo y cuándo has entrado aquí?». Quería saber si el chico había tenido oportunidad de escuchar mi plan de dejar el cuerpo decapitado de Gregor en el bosque para después matar a los monjes. Por su tamaño, el chico no podía tener más de seis años, y con toda seguridad habría entendido poco de lo que había oído, pero los niños lo repiten todo, y no me arriesgaría a tener la más mínima oportunidad de fracasar.

La pequeña criatura tan solo tembló con mi grito y continuó atendiendo el fuego con una calma sobrenatural. Furioso, me coloqué detrás de él, agarré mi espada y la saqué de la vaina con intención de partir a aquel pequeño en dos.

Pero justo antes de golpear, el chico se giró hacia mí y me sonrió. ¿Chico? ¿Chica? No sabría decirlo. Solo supe que en aquel instante estaba viendo a una criatura exquisitamente hermosa. Su largo pelo rizado brillaba como el oro a la luz del sol, su piel resplandecía como el nácar pulido, sus labios florecían como la rosa más tierna alrededor de unos dientes que eran perlas perfectas. La capa de lana alrededor de sus frágiles hombros estaba hecha jirones, deshilachada, gastada y tan manchada que el color original de la prenda era imposible de adivinar. Aun así, la suciedad no ensombrecía la gloria del portador, sino que servía para resaltarla por el contraste.

Seguramente no había nada en este mundo tan adorable o delicado como aquella pequeña criatura. Sin embargo, solo cuando lo miré a los ojos —más azules que el mar, el cielo o el zafiro, enmarcados por finas pestañas doradas y pálidas cejas— aprecié allí una inteligencia infinita, la mayor sabiduría y conocimiento que jamás haya poseído un hombre... y al mismo tiempo, una inocencia más profunda y genuina que la de cualquier otro infante. Pensé: *Estos son los ojos de Cristo.*

Mi arma cayó al suelo. A pesar de mí mismo, temblé, pero por pura fuerza de voluntad no caí de rodillas. El orgullo no me podía

permitir emular a Gregor. A pesar de todo (cuánto cuesta confesarlo), estaba lleno de temor y miedo.

Supe en aquel instante que estaba en presencia del Señor Oscuro, que había venido a mí por primera vez sin convocarlo en el círculo. Siempre había venido tras ser llamado. Yo era el que había tenido el control de mi destino, de mi pacto con él. El círculo me daba poder, me hacía su señor, lo sometía a mis órdenes, siempre que estuviese dispuesto a hacer el sacrificio requerido.

Ahora parecía que ya no podía controlarlo. El pensamiento provocó en mí un horror amargo.

—Eres el Oscuro —le dije, aunque en realidad nunca había visto nada tan brillante y resplandeciente como aquel sonriente harapiento.

Había venido a mí en numerosas ocasiones en forma de oscuridad, como la sombra sin rasgos de un hombre más sombrío que la medianoche. En dos ocasiones había venido a mí como un hombre con barba, más viejo y arrugado que el monje, con ojos tan inocentes y sabios como aquellos.

Inocente como una paloma, pero sabio como una serpiente...

—Lo soy —dijo la criatura con tono agradable—. He leído tus intenciones y te he ahorrado la necesidad de un conjuro formal. ¿Qué ofreces a cambio de mi don, oh, príncipe?

Hablaba con suave y ceceante voz de niño, aunque sus palabras y compostura eran las de un sabio.

—Si has leído mis intenciones, entonces ya lo sabes.

Se echó a reír con dulzura.

—Para confirmar el pacto tendrás que enunciarlo.